



¿ES EL HOMBRE UN SIMPLE VIRUS?

Recientes investigaciones realizadas en el Instituto Cósmico-Tecnológico londinense de Chelsea han demostrado que el hombre es en realidad un simple virus de la especie denominada «hominis 67», cuyos excrementos y gran capacidad de reproducción están causando a la Tierra gravísimas lesiones, que ponen en peligro el Universo sano, amenazando su desarrollo progresivo natural.

De confirmarse la verdad de tales aseveraciones, se cree posible que alguna comisión interastral pueda intentar extirpar algún día la infección de «hominis 67» aparecida en la Tierra, antes de que se extienda a los planetas de las galaxias próximas y lejanas.

Elementos intelectuales de «hominis 67», además de elevar las correspondientes protestas a las autoridades locales, que alertan a la población con frecuentes toques de queda, han decidido pasar a la contraofensiva (antes de producirse la temida ofensiva) para despresti-

giar esta nueva verdad científica.

«Desde que Galileo intentó destronar a nuestro planeta del centro del Universo, nunca, ni siquiera cuando Darwin y Freud pretendieron abofetear el orgullo del hombre envileciendo su origen y estructura anímica, nunca, repetimos, el hombre había sufrido tal afrenta», ha declarado el profesor True, doctor de Economía Teológica por las Universidades de Berkeley y Leningrado. Y ha añadido: «No podemos consentir que nuestros hermanos, de quienes nosotros a nuestra vez somos también hermanos, reciban esta nueva bofetada de la pseudociencia».

Y así están las cosas. Virus o hijo de Prometeo, no cabe duda de que el hombre está dando mucho que hablar últimamente a las gentes preocupadas por el bien común. Porque, lo repetimos una vez más, ¿es decente el precio que están alcanzando los artículos de primera necesidad? Cualquiera que tenga un poco de memoria podrá recordar que hace muy pocos quinquenios se podía comprar un pan, una sardina y un tomate fresco por sólo cincuenta céntimos. Y además, ¡qué tomates y qué sardinias! Así está como está la Universidad! Pero, ¡en fin!, mejor será que me calle, porque si no me va a dar de nuevo el ataque y todavía se van a reír más de mí mis hijos y mis nietos.

ARCHIPIELAGO BERMUDEZ

HAGA SU PROPIO TRASPLANTE CASERO



Hay mucha gente que le gustaría hacer trasplantes de órganos, pero que no se atreven. O porque les da vergüenza, o porque son pobres y no tienen medios. Yo voy a explicar de manera muy sencilla, ya que estas instrucciones van dirigidas a profanos, cómo se hacen estos trasplantes. De todas maneras, como hay mucha gente que no entiende de cirugía, yo les aconsejaría que para empezar no se metieran de lleno en un trasplante de corazón; conviene empezar con algo más sencillo, por ejemplo, un trasplante de dedo, que dentro de la cirugía es de lo más simple. Para empezar, recomiendo el trasplante de dedo gordo, porque es más manejable, y si es posible, el dedo gordo de pie. El dedo gordo del pie o de los pies, según sean uno o dos, es, como ustedes saben, el dedo que se encuentra ubicado en la parte interior del pie, según miremos de arriba abajo y de adentro afuera. El dedo gordo del pie no es complicado de trasplantar. Basta con quitarlo del pie y pegarlo en otro pie con cualquiera de los pegamentos comunes que se encuentran en los establecimientos del ramo.

Lo único importante que conviene tener en cuenta en el trasplante de dedo es que la uña quede hacia la parte de arriba, para que al caminar no le rompa los calcetines al paciente. Una vez que el aficionado a cirujano ha realizado su primer trasplante de dedo, ya está en condiciones de hacer un trasplante de riñón. En este tipo de trasplante, ya un poco más complicado, yo recomendaría la anestesia, sobre todo si el paciente es una persona delicada. Se pueden usar varios tipos de riñón, de perro, de vaca o de conejo. El riñón de perro funciona bastante bien, pero es muy probable que al paciente le quede el vicio de olfatear farolas y levantar la pata; el de vaca no lo recomiendo, porque es muy pesado, y el de conejo tampoco, porque no filtra arriba de una gaseosa como mucho; yo creo que el más ade-

cuado es el de mono adulto. Para realizar este trasplante, basta con poner el riñón del mono al paciente. Y ahora pasamos a lo más complicado: el trasplante de corazón. Este ya requiere un poco más de cuidado que los anteriores, aunque siendo un poco habilidosos, no es una cosa del otro mundo.



Como herramienta yo recomendaría la herramienta casera, cuchillo de postre, una aguja de coser cortinas, hilo de sisar, una docena de pinzas de la ropa y un secante. Una vez con todo esto al alcance de la mano, se tumba al paciente en la mesa de la cocina, procurando que ésta se encuentre limpia, para que el enfermo no huela después a ajos y yerba buena. Una vez tumbado el paciente encima de la mesa, se le hace una ranurita en la parte izquierda, cuidando de retirar o subir la camiseta. Una vez hecha la ranurita, se procede a hacer el trasplante (insisto en que todo debe estar limpio, pues una buena limpieza suele ser el noventa por ciento del éxito). Cuando ya se ha hecho el trasplante, se cose con el hilo de sisar, procurando que cada cosa vaya con cada cosa, es decir, que no se una el ventrículo con la válvula mitral, ni el «ápex cordis» con la arteria coronaria, etcétera. Finalizado todo, se hace la prueba del ruido, que consiste en arriar la oreja al paciente y ver si hace «toc, toc, toc»; si se escucha ese «toc, toc, toc», es que todo salió bien; si, por el contrario, no se oye nada, o se oye a Matías Prats, es que en lugar de conectar la válvula mitral hemos conectado Radio Nacional, en cuyo caso se puede llamar a un técnico en radio, o mandárselo al doctor Barnard a su domicilio en Sudáfrica, «Ricardo Barnard. Apartado 03487. Ciudad del Cabo. Sudáfrica. África del Sur. África».



GILA

